

LA ESPIRITUALIDAD VALENCIANA EN TIEMPOS DE SAN VICENTE FERRER

Miguel Navarro Sorní

Objeto de esta charla es presentar un breve panorama de la espiritualidad valenciana en tiempos de san Vicente Ferrer. Por lo general cuando se afronta este tema, suele exponerse la **espiritualidad culta**, la que se expresa en los llamados libros de espiritualidad, olvidando la **espiritualidad popular** reflejada en ritos, devociones, sermones, poemas, oraciones, costumbres o actos de piedad, como expresión del sentimiento religioso del pueblo, y que no suele tener cabida en esos tratados de espiritualidad “teológica”, culta.

Sin embargo, no podemos reducir la espiritualidad valenciana del XV a la que aparece en las obras de temática espiritual que se publicaron en nuestras tierras en esta época, sino considerarla desde una perspectiva mucho más amplia, que tenga en cuenta otros aspectos tan variados como la poesía religiosa, los gozos y el folklore religioso, la historia de las cofradías, los hospitales y otras instituciones de caridad; la liturgia y para-liturgia, las oraciones, las prácticas de devoción, la predicación, las peregrinaciones y santuarios, la hagiografía, la iconografía y el arte religioso, etc., etc..

Una historia de la espiritualidad valenciana del siglo XV sólo es posible como tarea de equipo, en la que se den cita especialistas en teología, en historia, en etnografía, en filología, en arte, en literatura, en música, etc. Y esa historia aun no la tenemos hecha.

Desde estos presupuestos podemos intentar esbozar una introducción a la espiritualidad valenciana del s. XV, limitándonos a ver, en primer lugar, cómo era la espiritualidad popular en tiempos del santo y su contexto histórico, y, en segundo lugar, las características fundamentales de la espiritualidad culta que entonces se produce.

1. La espiritualidad popular valenciana en tiempos de san Vicente en su contexto histórico

San Vicente nació en la capital del Turia, el 23 de enero de 1350, en la calle del Mar, y morirá en la ciudad de Vannes (en la Bretaña francesa) el 5 de abril de 1419. Su vida abarca, pues, la 2ª mitad del siglo XIV y los inicios del XV, un tiempo que el historiador Johan Huizinga llamó “el otoño de la Edad Media”, porque el mundo medieval moría dejando paso al moderno. Fue un tiempo de crisis, a todos los niveles: moral, social, político, cultural, y sobre todo en el ámbito religioso y eclesial. La Valencia de Vicente Ferrer no será una excepción a esta crisis.

Por una parte era una ciudad en la que se daban unas desigualdades sangrantes entre clases altas y bajas: la pobreza, la enfermedad, la miseria, eran mucho más sentidas que hoy en día. Por todas partes se encontraban huérfanos, enfermos, ancianos abandonados, y no era raro que cundiera el hambre, como consecuencia de las epidemias de peste, las sequías y las carestías, que asolaban toda Europa, pues cuando nace Vicente Ferrer hacía apenas dos años que la ciudad del Turia había sufrido durante tres meses –al igual que buena parte de Europa– el azote de la peste negra, epidemia que se repetiría en años posteriores, dejando durante mucho tiempo una triste secuela de pobreza y hambruna. Además, se daban grandes y violentos contrastes sociales: ante todo tenemos *les bandositats*

o enfrentamientos armados entre familias nobles por el control del poder, lo cual impregnaba la vida valenciana de sentimientos de odio y venganza, que se traducían en constantes luchas, con resultado de muertes, que generaban un enorme y profundo desorden social (recordemos los enfrentamientos entre los Centelles y los Vilarragut, que tuvo que apaciguar Vicente Ferrer ante la impotencia de la autoridad ciudadana y real).

Por otra parte y en contraste con esto, las fuentes contemporáneas nos revelan que la Valencia de los últimos años de san Vicente Ferrer era una ciudad frívola, entregada a todo tipo de diversiones, donde imperaba un estilo de vida mundano y sensual, propicio a los excesos; donde abunda la prostitución y todo tipo de vicios, que el santo reprenderá con fuerza en sus sermones.

Así pues, san Vicente vino al mundo en unos años de profundas convulsiones, a las que se sumará la gran crisis religiosa del *Cisma de Occidente*, iniciado en 1378, que será un golpe y un escándalo para la cristiandad, al ver 2 y después 3 papas disputarse la tiara. El Cisma va a generar una desconfianza en la Iglesia institucional que favorecerá el individualismo religioso que Lutero acentuará poco después, porque hará que muchos espíritus se refugien en su conciencia, donde se forman una religión personal, basada en las Sagradas Escrituras, que busca el contacto directo con Dios al margen de la mediación de la Iglesia jerárquica. Las consecuencias del Cisma serán nocivas para el cuerpo eclesial, pues agravará la falta de disciplina y de celo pastoral en el clero, y la ignorancia y la inmoralidad en el pueblo. El mismo san Vicente nos describe la lúgubre situación en que se encontraba el estamento clerical de su tiempo: “Antigament ... no era prevere que no sabés tota la Bíblia, e molta ciència, e no hi trobaven armes a sa casa, mas missal e breviari; e ara no sabran res, e, en lloc de llibres, tenen moltes armes; antigament vivien castament: ara tenen sa bona concubina... Ara, no curen sinó quant val de renda, tans cavalls puc tenir; e preïcar ne dar bon exemple, no res”.

Y la situación del pueblo no era más edificante. Los sermones del santo nos presentan una radiografía del lamentable estado espiritual del pueblo valenciano, en el que vamos a detenernos.

A inicios del XV Valencia va saliendo de la crisis del s. XIV y se convierte en una capital alegre y festiva, donde imperaba un estilo de vida frívolo, mundano y sensual, aderezado de lujo y propicio a todos los excesos, frente al que pone en guardia a los jurados de la ciudad Eiximenis, en su *Regiment*, advirtiéndoles que Valencia es una tierra y ciudad “fort delitosa”. La fama de Valencia como capital de las delicias y placeres traspasó nuestras fronteras y se extendió por Europa, difundida por viajeros, como el mercader alemán Hyeronimus Münzer, que quedaban impresionados por la licencia de las costumbres valencianas; los humanistas italianos consideraban que “no hay ciudad más lasciva y amorosa que Valencia”.

Este talante frívolo se manifestaba en la extensión que tenían vicios como la blasfemia, la prostitución, el juego, el adulterio, etc., a los que el *consell* municipal trataba de poner freno mediante el establecimiento de castigos que penasen tales conductas y evitaran su difusión. Y san Vicente les animará a ello y censurará con fuerza estos vicios.

Como es natural, esta disposición y estilo de vida del pueblo valenciano ponía grandes obstáculos a la vida espiritual; más aun cuando el clero ni estaba preparado para hacer frente a este reto ni sentía la obligación de hacerlo. Ignorancia religiosa, superstición y

liviandad de costumbres eran los defectos más sobresalientes de la población cristiana. Por lo general, los fieles se acercaban muy de tarde en tarde a los sacramentos. Poquísimos eran los que recibían la confirmación; muchos los que se contentaban con confesar y comulgar sólo una vez al año, por lo que los sínodos insisten en la práctica de la confesión frecuente y en la asistencia a la misa dominical y la observancia de las fiestas de guardar, que era bastante descuidada. San Vicente lo criticará en sus sermones.

Ahora bien, si la práctica religiosa regular era escasa, las manifestaciones externas de religiosidad popular extraordinarias, en cambio, eran muchas y fervientes. No en vano definía Eiximenis al valenciano como “poble bé aveat a seguir l’ofici eclesiàstic e sermons, e a festivar e a solemnitzar qualsevol cosa”. En efecto, la devoción popular de la época se caracteriza por poner el acento en las manifestaciones externas de piedad, como las procesiones, los sermones, el culto a santos y reliquias o el acopio de indulgencias. Y esto resaltaba en Valencia de un modo especial; basta ojear el *Dietari del capellà* o la correspondencia de los munícipes para percatarse de la gran cantidad de actos religiosos que se celebraban en la ciudad, ritmando su vida.

A lo largo del XV destacan las procesiones al santuario de la *Mare de Déu de Gràcia*, en el convento de san Agustín, que acaparaba por aquel entonces el fervor de los valencianos, aunque pronto sería superada por *santa Maria dels Ignoscents*. Ante cualquier desastre o necesidad las autoridades municipales organizaban procesiones penitenciales, de acción de gracias o rogativas, a los principales santuarios de la ciudad. Asimismo, sobresalían las magníficas procesiones de Corpus y de la Asunción, que se desarrollaban con una impresionante comitiva de actores que representaban, con una finalidad catequética, diversos episodios bíblicos relacionados con el misterio que se veneraba.

Sin embargo, estas manifestaciones externas de piedad iban unidas a las prácticas supersticiosas más absurdas, ya que la mayor parte de los seglares carecía de una instrucción adecuada sobre las verdades de fe, pues la catequesis era mínima o casi nula (a pesar de la insistencia que en ella ponían los sínodos); lo cual explica que la hechicería, los sortilegios, la magia y otras deformaciones de la fe contaminara las expresiones de religiosidad. En efecto, el recurso a adivinos, nigromantes, magos y brujas era habitual, incluso entre los clérigos. Prueba de lo extendida que estaba la superstición es el interés puesto por las visitas pastorales en que se denuncie a cuantos practican o recurren a la hechicería.

De modo especial se mezclaban superstición y fe en el culto a las reliquias y a los santos, y en lo referente a los difuntos. De hecho, las reliquias, aun valoradas en su auténtico significado religioso, eran también buscadas y utilizadas como talismanes protectores frente a males y enfermedades; de modo que se procuraba tenerlas consigo en la enfermedad o en el momento de la muerte, y hasta hay quien las llevaba de continuo colgadas del cuello, sin reparar demasiado en su autenticidad.

El trance de la muerte constituía un momento intenso de vivencia religiosa, donde la superstición se unía a las creencias cristianas. Si era ocasión para ejercitar la caridad, a través de las mandas pías y limosnas que se disponían en los testamentos, expresión de la confianza puesta en la eficacia purificadora de las obras de misericordia, también lo era para recurrir a otros medios de salvación más cómodos y menos legítimos, como la celebración de las treinta y tres misas de san Amador o las treinta y siete de san Pablo el Ermitaño, junto con la correspondiente ofrenda de un número determinado de cirios, sin la cual de nada valían las misas, creyendo a pies juntillas en el poder salvífico cuasi mágico de tales prácticas.

La ignorancia religiosa del pueblo era grande, llegando al desconocimiento de las ora-

ciones y reglas más elementales del cristiano. San Vicente Ferrer la describía diciendo: “Antigament eren los pagesos o homens treballants entesos en los fets de Déu, e antigament se sabien senyar, e puis deien lo Credo, Pater Noster, Ave María, e los deu manaments; ara no res”. Para instruir en la fe el medio privilegiado lo constituía la predicación, que era muy frecuente en tierras valencianas, sobre todo en Cuaresma. Ahora bien, a la cantidad no correspondía la calidad, y pocos párrocos predicaban convenientemente, bien por falta de instrucción o de voluntad; por lo que la oratoria sagrada se había convertido en patrimonio casi exclusivo de los religiosos mendicantes. La lamentable tónica general de la predicación la describe el obispo Hug de Llupià diciendo que se desempeñaba con “palabras superfluas, que tienden más a la avaricia que a la edificación provechosa del pueblo” (sínodo de 1422).

En medio de este sombrío panorama destaca la figura de san Vicente Ferrer, no sólo por su dedicación exclusiva al ministerio de la palabra o la amplitud extraordinaria de sus campañas evangelizadoras, sino también por su modo de predicar, tan distinto del que estaba al uso en aquel momento. En efecto, frente a la predicación ampulosa, retórica, llena de farragosos conceptos escolásticos y alejada de la realidad, el santo empleaba un lenguaje apasionado y expresivo, al tiempo que sencillo y popular, fácilmente comprensible por “el poble menut”; escogía los ejemplos más adecuados para hacerse entender, buscando siempre que sus sermones tuvieran una finalidad eminentemente práctica, dirigida a la mejora espiritual y moral de los oyentes, tratando de desterrar los vicios más comunes e implantar las virtudes cristianas básicas, frente a la amenaza del inminente juicio divino. Otros, como el mercedario valenciano Joan Gilabert Jofré (1350-1417), o el franciscano Mateo de Sicilia o de Agrigento (que predicó por nuestras tierras en 1427-1428), brillaron también por sus dotes como oradores populares, empeñados en la reforma de las costumbres, con un estilo fogoso, popular y catequético; pero no era ésta la norma general.

La palabra proclamada desde el púlpito tenía una fuerza especial sobre las conciencias, de ahí el interés que ponen los regidores de la ciudad de Valencia en fomentarla, por considerarla asunto de “utilitat comuna”, buscando predicadores de fama que les ayuden con sus sermones a gobernar la ciudad y mantener el orden. Muy requerida era la presencia de Vicente Ferrer, quien visitó Valencia en tres ocasiones, a instancias del *consell*, seguido de su compañía de disciplinantes, formada por más de trescientas personas. Solía predicar en la plaza del Mercado, “a les espatles de la església de sent Johan”, aunque también lo hacía en la catedral, después de decir “missa cantada, ab moltes làgremes”. El resultado de su paso por tierras valencianas lo resume el *Dietari* diciendo que por efecto de “la sua santa predicació se fien moltes paus e perdonar morts e molts actes de grandíssima virtut e gran preparació a la glòria de paradís e a esmena e correcció de nostra vida”.

Ahora bien, si intensa fue la reforma de las costumbres que introdujo el santo dominico, no bastó para cancelar las lacras morales arraigadas en el pueblo valenciano. Ciertos pecados públicos tenían amplísima extensión; de ellos, los más perseguidos por los sínodos, a causa de su repercusión social, eran el concubinato y la usura, que san Vicente reprende con fuerza en sus sermones.

Pasando a otro punto, una de las manifestaciones más interesantes de la religiosidad seglar tardomedieval valenciana son las cofradías, donde los fines religiosos se unen con motivaciones de orden sociológico. Estas corporaciones pías desarrollaban una importante función de cohesión social, pues englobaban en su seno a personas de diferente alcurnia, tanto clérigos como laicos, y en la mayoría de ellas se permitía el acceso a las mujeres. Gracias a las cofradías el entramado social se impregnaba de fe y de valores cristianos. La mayoría de ellas se dedicaban al ejercicio de la caridad o de la penitencia, al fomento de la

vida de piedad y a ofrecer sufragios por los difuntos. En Valencia eran casi doscientas cincuenta las instituciones religiosas de diversa índole, *almoines* y pías obras, algunas fundadas por seglares, como las de Guillem y Nicolau Rabaça, la de Sibília Lòpiç de Boil, o la de Vidal de Vilanova; otras de carácter corporativo, como la *almoina dels flequers* o la de *sent Cristòfol*; además, muchas parroquias e iglesias contaban con su propia *almoina*, para atender a sus pobres.

Entre las cofradías religiosas sobresalían en la capital las de san Jaime, fundada por el rey Conquistador, que a finales del siglo XV edificó un hospital, y la de santa María de la Seu, que también patrocinaba un asilo caritativo. La rivalidad entre ambas cofradías era proverbial, disputándose los primeros puestos en las procesiones y otros actos religiosos o cívicos que se organizaban en la ciudad. Muy relevantes eran también las de san Narciso, san Jorge, santa María de Belén y la de santa María de los Inocentes, surgida a la sombra del *Hospital dels folls*, y dedicada al socorro de los dementes, al entierro de los ajusticiados y desamparados, la regeneración de les “fembres del partit” o mancebía y la acogida de niños expósitos. Pronto esta cofradía comenzó a gozar del favor popular, recibiendo cuantiosas donaciones y limosnas, de manera que a finales del XV había superado en importancia y número de cofrades a las restantes y la imagen de su patrona pasó a ser la preferida de los valencianos.

Esta cofradía nos da pie para hablar de otro elemento destacado de la piedad urbana bajomedieval, como era el ejercicio de la caridad a través de los muchos hospitales con que contaba Valencia en esta época. Éstos nacieron como una respuesta cristiana al problema de la pobreza, entonces muy extendida, para atender a los más necesitados, ante todo a causa del desvalimiento en que los sumía la enfermedad, debido a los repetidos ciclos de epidemias que se abatieron sobre nuestras tierras a lo largo del s. XV; pero también para remediar otras miserias, como era el caso de los niños abandonados, de los huérfanos o los dementes. Algunos hospitales eran de fundación real (*Sant Vicent, Santa Llúcia* o de *La Reyna*), otros estaban sostenidos por órdenes o agrupaciones religiosas (*San Joan de Jerusalem, Sant Antoni, de capellans pobres, dels beguins*), pero la mayor parte de ellos surgen por iniciativa de laicos particulares (*Sant Guillem, En Soler, En Conill, En Bou, En Clapers, En Guiot, En Sorells, dels Ignocents*).

Pues bien, en medio de este panorama religioso, en el que se aúnan sombras y luces, se desarrolla la labor espiritual de san Vicente Ferrer y de otros autores de literatura espiritual, como el ya citado Francesc Eiximenis, Antoni Canals, sor Isabel de Villena, Joan Roís de Corella y otros, que escriben obras de espiritualidad para un público más selecto, letrado. ¿Cuáles son los rasgos característicos de esta literatura espiritual culta que se desarrolla en Valencia en tiempos de san Vicente Ferrer?

2. Características generales de la literatura espiritual culta valenciana en tiempos de san Vicente Ferrer

1º. En primer lugar, debemos advertir que no se trata de una espiritualidad original, sino **dependiente de la tradición espiritual** anterior, y en especial de la gran tradición espiritual de las **órdenes religiosas**, pues es una espiritualidad hecha preferentemente por religiosos y, por tanto, en dependencia de las corrientes o tendencias espirituales propias de sus respectivas órdenes. Así se percibe en san Vicente Ferrer, por ejemplo en su *Tratado muy útil y consolador para las tentaciones contra la fe*, que no es sino un compendio en clave espiritual del tratado de la fe de santo Tomás de Aquino, aunque pasado por el tamiz de su propia experiencia.

Incluso en el caso de los laicos, estos se encuentran muy influidos por la espiritualidad “monacal”, porque las fuentes en que beben suelen ser autores religiosos (caso, por ejemplo del *Cartoixà* de Joan Roís de Corella, que se basa en Ludolfo de Sajonia, el Cartujano).

Especialmente importante es el influjo de la llamada *Devotio moderna*, que se aleja de la mística de cuño metafísico de los dominicos, fría, abstracta, excesivamente especulativa, para buscar una espiritualidad más íntima, eminentemente afectiva y práctica. Este nuevo talante espiritual llega a nuestras tierras a través de las obras del dominico fray Antoni Canals (*Scala de contemplació, Tractat de la confessió, Molinet espiritual*) o del franciscano Francesc Eiximenis, y se evidenciará en la traducción de la *Imitación de Cristo* al valenciano que hace Miquel Pèrç, con el título *Del menyspreu del mon*, y que fue la primera edición de esta obra en una lengua vulgar (impresa en Barcelona en 1482 y en Valencia en 1491).

2º. En segundo lugar, es una espiritualidad que persigue una **reforma espiritual** de la Iglesia. La influencia del Cisma y de sus consecuencias negativas sobre el tejido eclesial es notable, sobre todo en la primera parte del siglo, pero también posteriormente. Por tanto, es una espiritualidad encarnada, que intenta poner remedio a los males del tiempo. Esto hace que aparezca como una espiritualidad crítica con los vicios y pecados del clero y del pueblo. Los sermones de san Vicente son una buena muestra de ello, pues están llenos de censuras y condenas a las costumbres pecaminosas de su época, como hemos visto.

Además, en autores como san Vicente o Eiximenis, esta ansia de reforma espiritual asume a menudo **formas apocalípticas**, fruto de y reacción frente al calamitoso estado religioso en que se encontraba la cristiandad a causa del cisma y también como herencia de tradiciones anteriores (arnaldismo, joaquinismo, espiritualismo franciscano). Para comprender esta característica es necesario tener en cuenta el deficiente estado espiritual o religioso del clero y del pueblo valenciano en esta época. Así, en uno de sus sermones, san Vicente, hablando del próximo fin del mundo de manera muy gráfica, el dominico explica cómo “súbito se farà una obertura en la terra major que d’ací a Roma, per on els damnats [condenats] serán llançats com a feixos de llenya a les flames infernals”. El primero de esos haces está formado por los representantes de la jerarquía eclesiástica que han sido simoniacos, o han regido mal sus oficios “ab ufanos cavalcadures, concubines, etc., no donant bon exemple de si a les gents, ne havent cura d’aquells”. El segundo haz estará formado por los malos gobernantes que no han usado su poder con justicia. El tercer haz estará lleno de malos religiosos, que no observan la obediencia ni la pobreza ni la castidad. Y el cuarto por los malos clérigos simples, “indevots, jugadors, concubinaris, ab bona ballesta” [cazadores]. Y así sigue con todos los estratos del pueblo.

3º. Para poner remedio a esta situación se acude sobre todo a la Biblia. Sin duda la característica más notable de la espiritualidad valenciana es su **matriz bíblica**, basada en la lectura y meditación de la Palabra de Dios. No en vano, la difusión de la Sagrada Escritura en lengua vulgar, incluso entre los laicos, fue sorprendente en este periodo. Fruto de este interés por la Biblia que sentía nuestro pueblo fue la traducción de la misma al valenciano, que llevó a cabo fray Bonifacio Ferrer entre 1396 y 1402, impresa en Valencia en 1478, y la del *Psalteri trellat de latí en romanç* por Joan Roís de Corella, en 1490. Esta amplia difusión de la Escritura en lengua vulgar era mirada con recelo por la Inquisición, ya que a través de ella se infiltraban muchas ideas heréticas.

El influjo de la Biblia sobre la espiritualidad valenciana del XV es notable. No sólo

muchas obras espirituales tienen un claro tema bíblico, como la *Omèlia sobre lo psalm De profundis* de Jerònim Fuster (1490), o la *Omèlia sobre lo psalm del Miserere mei Deus*, de Narcís Vinyoles (1499), sino que otras, como el *Speculum animae* que se atribuye a sor Isabel de Villena, o los sermones de san Vicente Ferrer, están penetradas de citas y referencias de la Escritura. Esta influencia se deja sentir incluso en la poesía y la prosa de muchos autores coetáneos, cuyas obras están inspiradas en temas o figuras bíblicas, como Joan Roís de Corella (*Vida de santa Maria Magdalena, Història de Josep, Vida de la sacratíssima Verge Maria en rims, Oració de la Verge Maria amb el seu Fill als braços*), Bernat Fenollar (*Lo Passi en cobles*), Joan Escrivà (*Cobles de la Passió de Jesucrist*), Jaume Gassull (*Vida de santa Magdalena en cobles*), Jaume Beltrán y otros.

De nuestro san Vicente nos consta que llevaba siempre consigo la Biblia, y que la estudiaba constantemente, extrayendo de ella los temas de sus sermones y el contenido de los mismos. En uno de ellos, dirá: “Las palabras de nuestro Señor [son] las doctrinas que sustentan el alma. Así como una persona que durante mucho tiempo no come acaba desfalleciendo a causa de ayunar, así el alma que no escucha la Palabra de Dios no tiene vida. Así lo dice Jesucristo: “*No solo de pan vive el hombre*” (Mt 4, 4). Y en otro decía: “los que tenéis oficio de predicar predicad la Santa Biblia”.

De inspiración bíblica son también la mayor parte de los “misterios” o piezas de teatro religioso que se representaban en los templos con motivo de ciertas solemnidades religiosas: el *Cant de la Sibilla*, la vigilia de Navidad, el *Misteri de l'Esperit Sant*, para la fiesta de Pentecostés; los misterios de la Asunción de la Virgen, de los que sólo nos ha quedado el *Misteri d'Elx*; los numerosos misterios del Corpus, y otros como el *Misteri d'Adam i Eva* y el *Misteri del Rei Herodes*.

4º. Otro de los rasgos más distintivos es que se trata de una espiritualidad **crístocéntrica**, encaminada a la contemplación de la figura de Jesucristo, con el fin de imitar sus virtudes en la vida corriente. Esta finalidad se percibe en la *Contemplació molt devota de la vida de Jesucrist*, de san Vicente Ferrer, para quien todo cristiano debe estar unido con Cristo a través de la oración, la obediencia y la penitencia, y así toda su vida se debe “enderezar y reducir a Cristo”. Lo que el santo pretende a través de sus sermones y obras es que sus oyentes o lectores vivan al estilo de Jesucristo, como recomendaba al discípulo para el que escribió su *Tratado de la vida espiritual*: “Es conveniente que, desconfiando totalmente de ti mismo, de tus buenas obras y de toda tu vida, te conviertas totalmente y te abandones en los brazos de Jesucristo [...] muerto por ti, de suerte que llegues tú también a estar muerto en todas tus sensualidades humanas y Jesucristo crucificado viva en tu corazón y en tu alma”.

Pero sobre todo se deja sentir el cristocentrismo en la floración de “vidas de Cristo”, de gran calidad, que se produjo, donde se percibe una curiosidad por los mínimos detalles de la vida de Cristo. Joan Roís de Corella tradujo al valenciano la famosa *Vita Christi* del Cartujano (*Lo Cartoixà*) entre 1495 y 1500, debido a la aceptación que esta obra tenía en el pueblo; Francesc Eiximenis escribió una *Vida de Jesucrist*, que es un verdadero tratado de cristología en lengua vulgar para seglares; pero la más deliciosa, gracias a la expresividad afectiva del lenguaje, es la de sor Isabel de Villena, quien la escribió “en romanç, perquè los simples e ignorants puguen saber e contemplar la vida e mort de nostre Redemptor e Senyor Jesús”. El mismo ideal impulsó a Miquel Pèrç a traducir al valenciano la *Imitación de Cristo*, como ya hemos dicho.

Objeto principal de atención era la figura de **Cristo sufriente**, que es el tema de muchas obras como la meditación sobre *Com despullaren Jesús*, el *Mirall dels divinals assots*, la *Obra de la Creu* y la *Contemplació de Jesucrist*, del dominico Pere Martínez (+ 1463).

5º. En quinto lugar, la espiritualidad valenciana del tiempo de san Vicente es una espiritualidad **afectiva**, cálida, alejada del intelectualismo frío y de la vana especulación de la mística escolástica; por el contrario, es **didáctica**, descriptiva, busca la experiencia más que la ciencia y tiene siempre una eminente finalidad **práctica**, que pretende la reforma o mejora espiritual del lector. El ejemplo más notable de ello es el *Tratado de la vida espiritual* de san Vicente Ferrer, una recolección de normas prácticas para avanzar en la vida religiosa; pero se percibe también en la *Escala de contemplació* de su compañero de hábito fray Antoni Canals, o en la 2ª parte de su *Tractat del molí espiritual*.

6º. Finalmente, podemos decir que es una espiritualidad **abierta**, de amplios horizontes, en el sentido de que no está restringida a los religiosos o eclesiásticos, sino que pretende llegar y ser útil a los **seglares**, desde el rey al último vasallo, especialmente a aquellos que tienen un papel relevante en la vida pública, como los *jurats* o los mercaderes. No debemos olvidar que en aquel tiempo la religión fundaba y daba cohesión al orden social, por lo que había un sentido social de la espiritualidad y de sus efectos. Los sermones de san Vicente Ferrer son el mejor exponente de esta espiritualidad que quiere llegar a todas las capas del pueblo, y las obras de Francesc Eiximenis el ejemplo de la voluntad de influir en la sociedad a través de las capas más altas de ésta. En este sentido es, en su fondo, una espiritualidad **moderna**, más acorde con los parámetros actuales, aunque se exprese en categorías medievales. Podríamos decir que es una espiritualidad "**política**", en el sentido etimológico de la palabra, es decir ordenada a la buena marcha de la *polis*, de la sociedad, con una vocación de ser útil socialmente, pues el ideal medieval de la unidad entre lo civil y lo religioso está bien presente en todos los autores espirituales valencianos del XV y en el mismo san Vicente Ferrer.

Nada más, espero que esta charla les haya sido útil y muchas gracias por su atención.